

## **LA NATIVIDAD DE JESÚS**

**1ª lectura** (Isaías 52, 7-10): *Romped a cantar a coro.*

**Salmo** (97, 1b-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios»*

**2ª lectura** (Hebreos 1, 1-6): *Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy.*

**Evangelio** (Juan 1, 1-18): *Luz verdadera que alumbra a todo hombre.*

Era una pareja de forasteros y, por su acento, seguro que eran galileos; además, eran pobres, y con solo ver a la joven mujer se sabía que pronto tendrían problemas. Era claro que ahí no tenían parientes o amigos cercanos, pues de lo contrario no andarían buscando un lugar donde quedarse. No, no había lugar para ellos en la posada.

No sabemos si de veras no había lugar en la posada o si no había lugar “para ellos” en la posada. Para ellos, para esos forasteros galileos, pobres, sin amigos ni parientes en la ciudad de David y con problemas a corto plazo. Así que los dueños de la posada dejaron que las puertas permanecieran cerradas.

El nacimiento del hijo de María y de José no podía ser corriente... Dios había puesto su mirada en ellos para acoger en su seno a su Hijo, y ambos habían dicho que sí. Este nacimiento presenta un nuevo y original escenario. Nos cautiva el Dios bebé, recién nacido. Dios, en el pesebre, comienza a presentar las bienaventuranzas... felices los que acogen a este bebé, porque acogen al Hijo de Dios.

**¿Quién elige nacer en un pesebre? ¿Quién se conforma con la oscuridad de la noche? ¿Quién descubre, en una situación tan precaria, el amor de Dios?**

Los que hemos nacido en la ciudad nunca hemos visto un pesebre real y, muy probablemente, ni siquiera sabríamos qué es eso si no fuera por la tradición heredada de nuestros mayores de tener la costumbre, en estas fechas, de escenificar en casa un “nacimiento”, con su mula, su buey, sus pastores, sus ovejas...

La posada estaba cerrada y Dios eligió nacer en un lugar que era inapropiado. Él nunca evita los lugares incómodos, para estar cerca de la vida de las personas y de los pueblos. Hoy hay muchos lugares que no son cómodos, como las situaciones de sufrimiento, muchas de ellas inhumanas. Son los nuevos “pesebres”.

Pensadlo... porque están muy cerca de nosotros (¡quizá en nosotros!): enfermedad, soledad, problemas personales o familiares, desempleo, dependencias, desesperanza... También hay pueblos enteros que las padecen: violencia, falta de libertad, escasez de recursos, trata de personas... El mensaje es muy claro: Dios no evita las realidades de sufrimiento y sigue naciendo en los “pesebres”. Felices los que sufren, porque Dios está con ellos.

El pesebre no es lugar para las personas. Pero fue allí, en un pesebre, donde le llegó a María el tiempo de dar a luz. Nunca se había dicho con más propiedad aquello de “dar a luz”. María dio a luz a la Luz. Y entonces, cuando dio a luz la que había de dar a la Luz, la noche se iluminó.

Ante todo, brilló para los ángeles. El alborozo y los cánticos se habrían extendido por todas partes en el cielo. **¡Una noche santa se abrió el cielo y Dios vino a nuestro encuentro!** Y así *«el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que vivían en tierra de sombras, una luz resplandeció»*. Aunque, a decir verdad, la mayor parte de ese pueblo permanecería en tinieblas, dormida y sorda.

Los ángeles no hallaban a quien contárselo, hasta que uno encontró a unos pastores, despiertos y velando por turnos, mientras cuidaban sus rebaños, y aquel ángel tuvo la buena idea de envolverlos con su luz, aun a riesgo de llenarlos de temor, para comunicarles la Buena Nueva.

Al igual que los pastores, nosotros recibimos hoy este gran anuncio: **¡Dios ha nacido y está con nosotros!** Él nos da su paz, su amor, su gracia, su perdón... Hasta en los momentos más difíciles, Dios se hace presente. Abramos las puertas de nuestra vida para que Dios nazca en nosotros... porque Él está deseando hacerlo. Felices los que acogen a Dios porque nunca quedarán defraudados.

Nosotros, que hemos acogido la Palabra de Dios como María y José, también tenemos que buscar lugares para que Él nazca. Quizá, como a ellos, nos cierren las puertas y haya personas que no quieran recibir este nuevo nacimiento. En ese caso, buscad que Dios nazca en otros lugares y en otras personas. Él está deseando nacer en toda persona hoy. Hacedlo posible... así viviréis la Navidad más feliz y más grande. La Navidad de un Dios que sigue naciendo en nosotros e iluminando nuestra vida. Él es la auténtica felicidad.

La esperanza cristiana nace de esta Buena Noticia para el mundo y la humanidad, que existía ya desde el principio, pero que se hizo definitiva cuando Jesús, la Palabra encarnada de Dios, nació. Así Dios se metió y comprometió del todo y hasta el final con nosotros, asumiendo también nuestra condición –ensombrecida por los intereses egoístas y particularismos destructores–. Al reconocer al Hijo de Dios en el pesebre de Belén, acogemos una esperanza radical, que nos mete y compromete desde el principio con el presente crítico y el destino incierto del mundo.